

Efraín HUERTA
UN MESTER



SONADA VICTORIA

Sonada y soñada victoria. Con mayúscula: Victoria. Con su noble apellido: Ocampo. Victoria Ocampo, genial fundadora de la revista argentina "Sur". En este Boletín alfonsino me encuentro con un material de increíble valor: una bio-bibliografía de la señora Ocampo, hecha por Carlos Adeam, quien gentilmente advierte:

Fryda Schultz de Mantovani ha señalado que la biografía de Victoria Ocampo debemos buscarlas en sus actos y, además, que sus 'datos biográficos los hallaremos en sus libros'. Siguiendo este prudente consejo me atreví a hurgar silenciosamente (¿para qué el silencio, señor Adam?) los libros de Victoria Ocampo. Intenté en las páginas que sigue, una síntesis cronológica lograda con una visión personal.

Pido perdón por tamaño osadía (este trabajo puede llamarse "Mester de Osadía"), en primer lugar, a la autora y, al lector en segundo término. Debo confesar que me cabe una justificación: no he querido escribir yo la biografía. Preferí seguir la advertencia de la señora Mantovani (entonces no fue nada silencioso el hurgar: había música de fondo): Transcribir los textos para que ellos hablaran es decir, para que hable Victoria Ocampo".

Y la maestra habla, por ejemplo, de sus pasiones musicales.

EL JAZZ

En 1923, la señora Ocampo habla de un disco de George Gershwin:

"... Este disco se llamaba Nashville Nightingale y me fue robado por Ansermet (el famoso director de orquesta, muy conocido en México), so pretexto de llevarse a 'Igor' (Stravinsky, claro). El hecho es que nunca más volví a juntarme con mi Nashville Nightingale, una maravilla de disco... Pero el nombre de George Gershwin, su autor (y ejecutante de piano), quedo grabado en mi memoria junto a mi pasión de jazz..."

EL TANGO

En 1969, doña Victoria escribe sobre el tango:

"... ¿Y el tango? Tan patrióticamente exaltado, hoy, que no podemos abrir la canilla de la radio o de la televisión sin que salga un chorro de ese bailable. lo que me llegó de tango, al comienzo, pasó a través de un tamiz, como muchas otras cosas. Su melodía siempre quejumbrosa (falsísimo, señora VO) y su ritmo pausado como arrastrado, no me atraían. Menos aún el énfasis llorón y la sentimentalidad barata de las letras. (Superfalsísimo, doña VO) Sólo me gustó y mucho, cuando empecé a bailarlo. ¡Espléndido, ilustre dama! Como baile, descubrí su carácter inimitable argentino. En el buen y en el mal sentido..."

Con un prodigio de imaginación, veo en una academia del barrio de la Boca (no en el salón "Tancredi", que es de la época del Restaurador Juan Manuel de Rosas)... ¿Pero por qué una academia, si allí estaba el Centro Patriótico "25 de Mayo"? Veo pues a la señora Ocampo tanguendo de lo lindo con el conde Keyserling, que lo bailaba muy mal o con Waldo Frank, que lo bailaba a la perfección. No lo concibo bailando, ni jazz ni tango, con Iagore ni con Ansermet, ¡pero sí con aquel vivaracho y ágil mexicano que se llamó Alfonso Reyes!

Cuado la creadora y animadora de "Sur" pasó por primera vez por este país de salvajes, estuvo a punto de invitarla al "Salón México" (el de los buenos tiempos el que inmortalizó Aaron Copland), para lucirla ante el bravo malevaje de Peralvillo, Guerrero y otras regiones más o menos transparentes. En aquellos años, el danzón "Nereidas" estremecía a medio mundo. Las chamacas del barrio cobraban diez centavos la pieza.